

LECCION XII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Excelencia del sacrificio de la misa. — Rasgo histórico. — El sacerdote. — Sus preparaciones. — Sus vestiduras. — Amito. — Alba. — Cingulo. — Manipulo. — Estola. — Casulla. — Estola del diácono. — Dalmática. — Túnica del subdiácono. — Sobrepelliz. — Capa. — Riqueza de los ornamentos.

I. Excelencia del santo sacrificio de la misa. — Juntad los méritos de la augusta María, las adoraciones de los Ángeles, los trabajos de los Apóstoles, los sufrimientos de los Mártires, las austeridades de los Anacoretas, la pureza de las Vírgenes, las virtudes de los Confesores, en una palabra, las buenas obras de todos los Santos que ha habido, hay y habrá desde el principio del mundo hasta la consumación de los siglos; unid á ellas con el pensamiento los méritos de los Santos de mil mundos mas perfectos que el nuestro, y es de fe que no habréis reunido el valor de una sola misa: la razon es óbvia; todos los honores que las criaturas pueden tributar á Dios son honores finitos, mientras que el honor que se presta á Dios con el sacrificio de nuestros altares es infinito en cuanto lo presta una persona divina ¹. Tal es, pues, la excelencia del augusto sacrificio de nuestros altares considerado en sí mismo.

No es menos grande si lo consideramos en sus efectos, y para conocerlo no tenemos mas que deducir la consecuencia de lo que acabamos de decir. Entre las obras todas, no hay otra tan agradable á Dios como la santa misa, no hay otra mas eficaz para desarmar su cólera, no hay otra que aplique tan terrible golpe á las potencias infernales, no hay otra que procure tan grande abundancia de gracias al hombre viajero, ni otra, por fin, que obtenga mayor alivio para las almas del purgatorio. De aquí los magníficos y justos encomios que la han tributado los Padres de la Iglesia y los santos Doctores. «La misa, dice san Odon, abad de Cluny, es la obra á que va unida

¹ Conc. Trid. sess. XXII.

«la salvacion del mundo ¹.» «La tierra, añade Timoteo de Jerusalen, debe su conservacion á la misa; sin ella hace ya mucho tiempo «que los pecados de los hombres la habrian aniquilado ².» «Cada vez, «continúa san Buenaventura, que nuestro Señor se inmola en el altar, hace al género humano un favor igual al que le concedió haciéndose hombre ³.» «No siendo el sacrificio del altar otra cosa que «la aplicacion y renovacion del sacrificio de la cruz, dice santo Tomás, una misa es tan eficaz para el bien y salvacion de los hombres, «como el sacrificio del Calvario ⁴;» de lo que dedujo san Juan Crisóstomo esta magnífica consecuencia: «Una misa vale tanto como «el sacrificio de la cruz ⁵.»

Supongamos ahora que un salvaje, salido del fondo de los desiertos, llegase de repente á una ciudad cristiana, y que le dijese: Entre nosotros se hace un sacrificio, durante el cual á la voz de un sacerdote se abre el cielo, el Hijo del Grande Espiritu descende sobre un altar, se inmola entre las manos del sacrificador y nos da á comer su carne y á beber su sangre, á fin de comunicarnos su vida y de convertirnos en dioses. ¿Qué ideas creéis que acudirían á la mente del pobre salvaje? ¿Cuál seria su respeto hácia tan augusto sacrificio? ¿cuántos sus deseos de participar de él? ¿cuántas sus preparaciones, su religioso temor antes de hacerlo? ¿cuál su conmocion al participar de él, y cuál su reconocimiento y alegría despues de haber participado?

Pues bien, nosotros todos debemos, sí, debemos experimentar iguales sentimientos, y deben ser en nosotros tanto mas perfectos en cuanto somos mas ricos de luz y de gracia; sin embargo, ponga cada uno la mano en su pecho, y diga si no deberia envidiar la fe y las disposiciones del ignorante salvaje de que acabamos de hablar; mas pasemos á otro asunto, pues de otro modo, ¿qué excusas podríamos

¹ In hoc mysterio salus mundi tota consistit. (*Opusc.* 2, c. 28).

² Per quam terrarum orbis consistit. (*Orat. de Proph.*).

³ Non minus videtur facere Deus in hoc, quod quotidie dignatur descendere super altare, quam cum naturam humani generis assumpsit. (*De Instit.* p. 1, c. 11).

⁴ In qualibet missa invenitur omnis fructus quem Christus operatus est in cruce. Quidquid est effectus dominicæ Passionis, est effectus hujus sacrificii. (*In cap. vi Isaïæ.*).

⁵ Tantum valet celebratio missæ, quantum valet mors Christi in cruce. (*Apud Discip. serm. XLVIII*).

alegar ante el supremo Juez? ¿qué contestacion á este cargo fundado en demasia? ¡Ay de tí Corozain! ¡ay de tí Bethsaida, que si en Tiro y en Sidon, es decir, en los pueblos mas salvajes y corrompidos, se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotras, tiempo há que sentadas en cilicio y en ceniza hubieran hecho penitencia¹!

Para librarnos de este anatema, tenemos dos obligaciones que cumplir, la primera de las cuales consiste en asistir fielmente á la misa, recordando el proverbio confirmado mil veces por la experiencia: *Por oír misa y dar cebada, nunca se perdió jornada*. Acerca de esto leemos la historia siguiente en la Vida de san Juan el Limosnero: En una ciudad vivian dos trabajadores del mismo oficio; el uno estaba rodeado de una numerosa familia, el otro no tenia mas que á su mujer, y al paso que el primero se hacia un deber de asistir todas las mañanas á misa donde encomendaba con fervor todas sus necesidades espirituales y temporales, el segundo, para no perder un momento de trabajo, no iba á la iglesia en toda la semana, y muchas veces bajo el pretexto de que aquel apremiaba faltaba á la misa del domingo; sin embargo de esto el primero prosperaba, y el segundo se hallaba en la suma indigencia, lo cual le movió á decir cierto dia á su compañero: ¿De qué provendrá que tú sales bien de todo, mientras que yo, cuanto mas trabajo, menos adelanto?—Mañana, contestóle el otro, no tienes que hacer mas que venir conmigo, y te conduciré al lugar donde encuentro mis ganancias; y al dia siguiente muy de madrugada se hallaba ya á la puerta de su vecino, á quien dijo: Héme aquí.—Pues bien, partamos; su compañero le acompañó á la iglesia, y despues de haber oido misa le dijo que fuese á trabajar. El dia siguiente hizo lo mismo, hasta que el tercer dia dijo aquel hombre á su piadoso vecino: Es inútil que me acompañes de nuevo á la iglesia, pues sé el camino; lo que te pido es que me digas el lugar donde hallas tan buenas ganancias, á fin de que pueda aprovecharme de tus indicaciones.—Amigo mio, este lugar es la iglesia, y no conozco otro mejor para alcanzar tesoros espirituales y temporales; advierte que no soy yo quien lo dice, sino el mismo Jesucristo; ¿acaso ignoras estas palabras del Evangelio: Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás os será dado con profusion? ¿No sabes que en la misa nuestro Señor, que es dueño de todo, abre sus tesoros? Al escuchar estas palabras

¹ Luc. x, 13.

el bueno del artesano se quedó muy admirado, mas despertándose la fe en su corazon, siguió el ejemplo de su amigo; cada mañana asistia á la misa, y despues de haber expuesto sus necesidades al Padre celestial se dirigia á su trabajo: Dios le bendijo, y en breve mejoró su estado mas de lo que sus esperanzas pudieran nunca imaginar.

La segunda obligacion á que debemos atender consiste en presentarnos al augusto sacrificio con las disposiciones que exigen así el sacerdote que lo ofrece, como la Víctima que es ofrecida, y de la cual debemos participar¹; con este objeto recojamos cuidadosamente las preciosas instrucciones, los piadosos sentimientos de que nos ofrece la Iglesia coleccion tan abundante en todo lo que precede ó acompaña la celebracion de nuestros augustos misterios.

II. Preparacion del sacerdote.—Considerad primeramente al sacerdote que es su ministro, y ved con qué solicitud es preparado para este cargo enteramente divino; considerad á ese hombre hecho superior en poder á los mismos Ángeles: la Iglesia le sacó de la masa comun para elevarle á funciones que hacen temblar á los espíritus celestes; le separó, le experimentó y probó largo tiempo; le hizo pasar por diferentes grados antes de permitirle llegar al santuario. Ha sido preciso formar su corazon, adornar su imaginacion, asegurarse de que sus labios serian los fieles depositarios de la ciencia y su conducta el modelo del rebaño: el pontifice de la nueva alianza, despues de haber consultado el cielo y la tierra, despues de reiteradas súplicas y ayunos, ha derramado sobre él la uncion divina, el óleo del real sacerdocio; Jesucristo ha empeñado su palabra, su promesa es formal, el Espíritu Santo ha descendido sobre aquel hombre, y le ha comunicado sus mas excelentes dones y sobrehumanos poderes.

Sin embargo, tantas preparaciones no bastan, y ved al ministro sagrado levantarse antes del alba para rezar largas oraciones, y cuando la campana, trompeta de la Iglesia militante, señala la hora del sacrificio, se adelanta recogido, conmovido, temblando al aspecto de sus augustas funciones, para ofrecer la Víctima que reconcilia á la criatura con su Dios. ¡Silencio reine en el cielo! ¡silencio reine en la tierra! pues va á gestionar los mas grandes intereses del gé-

¹ Véase lo que hemos dicho acerca del modo de oír misa en la parte II del Catecismo, leccion XLIX.

nero humano. Llegado á la sacristía el sacerdote se lava las manos, diciendo: «Señor, purificad mis manos, á fin de que sin mancha en el alma ni en el cuerpo pueda cumplir vuestro santo ministerio.» La costumbre de lavarse las manos antes de la oracion data de los siglos apostólicos, y jamás faltaban á ella los primeros cristianos, de modo que hasta en sus menores prácticas ha conservado la Iglesia venerables tradiciones.

III. Ornamentos del sacerdote.—Detengámonos á considerar los sagrados vestidos de que se reviste el sacerdote, pues son como un libro de instruccion y de piedad, que quizás se ha abierto á nuestros ojos varias veces, sin que hayamos comprendido ninguna de sus páginas. Los vestidos del presbítero que celebra los santos misterios son: 1.º el amito; 2.º el alba; 3.º el cíngulo; 4.º el manípulo; 5.º la estola, y 6.º la casulla; si el celebrante es un obispo añade además otros que explicaremos mas adelante.

En la ley antigua, quiso Dios que los sacerdotes y levitas usasen vestidos particulares y consagrados cuando inmolaban las víctimas; y la Iglesia, heredera de las tradiciones antiguas, ha querido igualmente que sus ministros se vistiesen de hábitos particulares y sagrados para el ejercicio de sus augustas funciones. El respeto debido á las cosas santas, así por los sacerdotes como por los fieles, hace de ello un deber; y por otra parte, ¿acaso los hombres no necesitan siempre signos exteriores y sensibles que les recuerden interiormente la grandeza invisible de los misterios? Así pues, el uso de los vestidos sacerdotales data ya del tiempo de los Apóstoles ¹.

«Los vestidos eclesiásticos, de que se sirven los presbíteros y demás ministros para ofrecer á Dios el culto divino con todo el respeto que se merece, deben ser aseados y consagrados, y como á tales, nadie puede usarlos sino los presbíteros y aquellos que se dedican al santo ministerio ².» Estas palabras son de san Estéban, papa y mártir, que vivía en el año 250, y san Jerónimo añade: «La Religión divina tiene un traje para el ministerio del altar y otro para el uso comun.»

¹ Euseb. lib. VIII, c. 8.

² *Epist. ad Hilar.* Véase tambien á Tertul. *De Monogamia*, c. 12; Orig. *Homil. XI in cap. XX Levit.*; S. Hier. lib. XIII *Comment. in cap. XLIV Ezech.*; Bona, lib. I, c. 24. Véase particularmente sobre este asunto á santo Tomás, 3 p. Suppl. q. 40, art. 7.

Durante las persecuciones, los vestidos sagrados eran necesariamente menos ricos; mas luego que fué dada la paz á la Iglesia, y ésta contó entre sus hijos á los potentados del siglo, no temió celebrar su culto con magnificencia. Todo lo grande que existe en el mundo viene de Dios y debe consagrarse á su gloria: *El oro y la plata me pertenecen, dice el Señor* ¹; ¿y qué mas noble uso puede hacerse de estos metales que emplearlos en el culto de Aquel que los crió y que nos los dió?

En un principio túvose gran respeto por los hábitos sagrados, tanto que se guardaban con religioso cuidado en lugares consagrados, no siendo permitido á las mujeres el tocarlos. El presbítero Rogaciano tenia en tanto la túnica de que se revestía para ofrecer el santo sacrificio, que la legó por testamento á san Jerónimo, por el cual abrigaba una veneracion particular ². Expliquemos ahora el origen de los varios ornamentos, las modificaciones que el aseo y la comodidad han introducido en los mismos, el objeto de la Iglesia al hacerlos adoptar por sus ministros, y la razon por qué son de diferentes colores, segun las festividades.

1.º El amito ³. El amito es un velo blanco que el sacerdote coloca primeramente sobre su cabeza, cayéndole luego sobre el cuello y las espaldas, y que sujeta con dos cintas que se cruzan sobre su pecho. Su nombre de amito se deriva de un verbo latino que significa cubrir ⁴. Esta prenda del vestido fué introducida hace mas de mil años para cubrir el cuello que los eclesiásticos lo mismo que los legos habian llevado descubierto hasta entonces, precaucion que exigian la duracion de los oficios y la continuacion del canto en las frias é inmensas basílicas de la edad media; así pues, el objeto natural del amito es conservar la voz de los que deben entonar las alabanzas de Dios, y recordar al sacerdote la modestia con que debe usar la suya y el cuidado que debe poner en evitar durante el sacrificio cualquier palabra extraña á la accion que debe ocuparle enteramente; y así es que el obispo al dar el amito al jóven ordenando le advierte que es un símbolo del recato y de la modestia de la voz.

Los fieles que asisten á la misa son, por decirlo así, consagrada-

¹ Aggæi, ix.

² S. Hier. *Epist. ad Heliod. Epitaph. Rogat.*

³ Amictus.

⁴ Amicire.

dores con el celebrante, y están hasta cierto punto obligados á abrigar iguales disposiciones que él; de modo que deben tomar para sí aquel aviso, y tener presente que una vez en presencia de los santos altares les está prohibida toda conversacion, toda palabra con la tierra.

Como todo en el sacerdote debe recordar á Jesucristo, al supremo Sacrificador, el amito figura al Hijo de Dios, el cual descendido del cielo para salvar al mundo, ocultó su divinidad bajo el misterioso velo de la humanidad ¹; es además el símbolo del velo de ignominia con que cubrieron su adorable faz, cuando una multitud sin freno, insultando su calidad de profeta, vendó sus ojos que ven en las tinieblas, y le dijo: *Adivinanos, Cristo, ¿quién es el que te ha herido* ²? Colocado en la cabeza, el amito figura también el casco del guerrero, y recuerda al sacerdote que no es mas que un soldado; y en efecto, el presbítero que se dispone para ofrecer los santos misterios va á trabar una encarnizada lucha; significacion del amito que se expresa en la oracion que el sacerdote reza al tomarlo: «Señor, poned en mi cabeza el casco del soldado, á fin de que pueda resistir los golpes del demonio.»

2.º El alba ³, llamada así á causa de su blancura, data de la mas remota antigüedad. El sumo sacerdote de la ley antigua se revestia de ella para el sacrificio, y hasta los gentiles usaban de un vestido semejante al sacrificar á sus divinidades, lo cual era un robo hecho á la verdadera Religion. Todos los pueblos han comprendido que para acercarse á la Divinidad eran necesarios otros vestidos que los de pieles de animales con que Dios cubrió al hombre culpable.

Es digno de notarse el hecho universal é incontestable de que los sacerdotes, no solo de los cristianos y de los judíos, sino también de los gentiles, hayan empleado constantemente túnicas de lino en las funciones religiosas ⁴. ¿Cuál puede ser la razon de esto? «La ra-

¹ Durandus, c. 2; Durantus, lib. II, c. 9.

² Matth. xxvi, 68.

³ Alba.

⁴ Véase Apuleyo en su *Apologia*; el mismo, *Fábulas milesianas*, lib. II; Ovidio hablando de los sacerdotes de Isis, dice:

Nec tu linigeram fieri quid possit ad Isim
Quæsieris.

Y en otra parte:

Nunc dea linigera colitur celeberrima turba.

Scheffer dice lo mismo de los Pitagóricos, *De italica philosophia*, c. 14.

«zon está, contesta un filósofo gentil, en que los vestidos hechos con «los despojos de los animales no son bastante puros ¹.»

Lo que Pitágoras no hizo mas que entrever, nuestros autores cristianos nos lo dicen abiertamente; el hombre ha tenido siempre la conciencia de su pecado; sabe que los vestidos hechos con la sustancia de los animales son un oprobio, un castigo, una librea de degradacion, y despojándose de ellos, y tomando otros vestidos para acercarse á Dios, manifiesta su deseo de recobrar su pureza *volviendo* á Dios. En efecto, si solo quisiese indicar su disposicion á la pureza podria servirse de vestidos de lana blanca, pero no, en ellos veria un recuerdo de la primitiva mancilla, y adopta y ha adoptado siempre vestidos de lino ², emblema de la nueva vida de inocencia y de santidad que se busca y ha buscado en los sacrificios ³.

El alba era un vestido particular de la nobleza romana, y era la toga ó traje talar propio de la clase distinguida por el cual se juzgaba del rango de las personas; y como no hay en la tierra dignidad igual á la del sacerdocio, justo era que adoptase el vestido que el uso consideraba como mas noble. El alba, blanca y larga, recuerda á los sacerdotes la perseverancia que deben tener en las buenas obras, la gravedad que ha de acompañar todas sus funciones, y sobre todo la gran pureza con que deben acercarse á celebrar los divinos misterios; la oracion que rezan al vestirla no puede dejarles duda alguna acerca de la intencion de la Iglesia: «Señor, dicen, la-
«vadme, purificad mi corazon, á fin de que, lavado en la sangre
«del Cordero, goce eternamente de la felicidad que está prometida
«á los que habrán desempeñado dignamente sus funciones.»

Revestidos de sus albas, los ministros de los altares se asemejan á la tropa de fieles servidores que nos muestra san Juan en su Apocalipsis, cubiertos de blancos ropajes, continuamente en pié delante del altar del Cordero y ocupados en servirle en su templo que es

¹ Preguntado Apolonio acerca de esta costumbre contestó: *Vestem quam è morticinis plerique ferunt non puram esse ratus Pythagoras, linea veste usus est.* Apud Philost. lib. VIII.

² Alba, lineum vestimentum, longissime distat à tunicis pelliceis quæ de mortuis animalibus fiunt, quibus Adam vestitus est post peccatum, et novitatem vitæ significat, quam Christus et habuit et docuit et tribuit, de qua dicit Apostolus: *Exiite veterem hominem.* (Rupert. Tuitiens. lib. I *De div. Offic.* c. 20; Innoc. III, lib. I *Myst. missæ*, et 36).

³ Durantus, lib. II, c. 9.